

Colapso climático y la ecoética biofílica: la pandemia de la COVID-19 en la antesala

Climate Collapse and Biophilic Eco-ethics: The COVID-19 Pandemic at the Door

Lizbeth Sagols

Facultad de Filosofía y Letras

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO | MÉXICO

Contacto: lizbethsagols@filos.unam.mx

Resumen

Este artículo muestra la importancia de atender la crisis del calentamiento global desde una perspectiva eco-ética. Se muestran los datos relevantes sobre la crisis del clima a fin de dejar atrás la idea de un mero cambio climático y entender que estamos ante la posibilidad de un colapso irreversible cuya antesala es la crisis sanitaria de la COVID-19. Desde el punto de vista ético, ubicamos la causa de esta situación en el antropocentrismo endogámico que nos ha centrado en el ejercicio del poder y el desarrollo de una tecnología que altera sistemas complejos como el clima y pierde control frente a ellos. Sugerimos como antídoto una eco-ética pensada por Aldo Leopold capaz de incorporar (en esta primera aproximación) las observaciones y planteamientos éticos de autores contemporáneos como Jared Diamond y Dale Jamieson. Lo común a todos ellos es la importancia que conceden a la construcción de un sujeto biofílico, humilde ante el conjunto de la vida, y decidido autónomamente a contribuir al mejoramiento del planeta a pesar de la realidad adversa.

Palabras clave: colapso, antropocentrismo endogámico, eco-ética, biofilia, incondicionalidad

Abstract

This article shows the importance of addressing the global warming crisis from an eco-ethical perspective. Relevant data on the climate crisis are shown in order to

leave behind the idea of a mere climate change and understand that we are facing the possibility of an irreversible collapse whose prelude is being the COVID-19 health crisis. From an ethical point of view, we locate the cause of this situation in inbred anthropocentrism, which has centered us on the exercise of power and the development of a technology that alters complex systems such as climate and loses control over them. We suggest as an antidote an eco-ethic from Aldo Leopold capable of incorporating (in this first approach) the observations and ethical approaches of contemporary authors such as Jared Diamond and Dale Jamieson. What is common to all of them is the importance they give to the construction of a biophilic subject that faces life as a whole humbly, and autonomously decides to contribute to the improvement of the planet despite the adverse reality.

Keywords: collapse, inbred anthropocentrism, eco-ethics, biophilia, unconditionality

“El hielo que pisamos es cada vez más delgado”

—Friedrich Nietzsche¹

“Nos falta una intuición, un instinto que nos diga cuando Gaia esté en peligro.”

—James Lovelock

Crisis climática y COVID-19

La posibilidad de un colapso climático es, sin duda, el principal problema que enfrentamos en este momento, incluso más importante que la amenaza de una Tercera Guerra Mundial, que el doloroso aumento del hambre sobre el que hay que tomar medidas urgentes, y más importante aún que la pandemia de la COVID-19 que ha traído una quiebra del sistema económico, político y social. De hecho, la aparición y propagación de la COVID-19 es inexplicable sin la crisis climática, no

¹ Recurro aquí a Nietzsche no como experto en eco-ética y cambio climático, pues no lo fue, sino porque además de ser un filósofo casi omniabarcante, fue un visionario. Resulta sorprendente la agudeza de esta afirmación; aun cuando pueda dudarse de la autenticidad de la frase, expresa de manera inigualable la situación crítica actual.

porque el calor haya producido o transportado el virus (como en el caso de la propagación del Zika y otras enfermedades), sino porque, como bien señala el grupo de investigación del ecologista Rodolphe Gozlan, la alteración del clima ha tenido efectos en la degradación de los bosques y en el incremento de la extinción de especies y la destrucción de la biodiversidad. Al no encontrar hospederos en especies que habitaban los bosques, los virus saltaron a especies de hábitats cercanos a nosotros como el murciélago y el pangolín (Gozlan y Jagadesh, 2020). Estos animales han hospedado desde hace mucho tiempo al virus, de hecho, han evolucionado juntos, pero no estaban sometidos al estrés que les provoca la caza y el tráfico excesivo de sus ejemplares que se ha dado en las últimas décadas para alimentar a gente pobre y también para ofrecer comida exótica a personas excéntricas. La pérdida de biodiversidad, unida a la caza y al tráfico han hecho que el murciélago y el pangolín estén inmunodeprimidos, con lo cual el virus les provoca una fuerte infección que han transmitido del murciélago al pangolín y de éste a los humanos (Valladares, 2020). Estos animales no son responsables para nada del surgimiento de la pandemia, sino el comercio de especies salvajes para satisfacer el hambre de ciertos grupos pobres y la excentricidad de algunas personas, así como la falta de higiene de los mercados húmedos chinos (Harvey, 2020). Por otra parte, la expansión del virus se debe a la globalización impuesta por el capitalismo y la constante movilidad y tránsito de personas (Valladares, 2020). En los humanos está la falla, no en los animales.

Muchos médicos, sociólogos y otros especialistas, igual que muchos ciudadanos, han concebido la crisis de la pandemia como lo peor que podría pasarle a la humanidad; el temor del contagio, la pérdida de seres queridos, el confinamiento aunado al deterioro de la economía familiar, son, en efecto, una dura carga. Sin embargo, algo peor puede estar por venir y será en relación con la crisis climático-ecológica puesta de manifiesto desde 1957, cuando la Academia Nacional de Ciencias de EE. UU. publicó el reporte “Planet Earth, The Mister with 100 Clues” (Ripa, 2011), pero los gobiernos no lo han tomado en serio. Ahí se habla del calentamiento global provocado por las emisiones de dichos gases que aumentan el calor de la Tierra, en especial el CO₂ que compone la llamada huella ecológica y produce el calentamiento global y la mayor contaminación para el planeta en conjunto y para todos los seres vivos. Se advirtió desde entonces la condición insana y potencialmente mortal de esta situación y se creó la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC) para buscar alternativas. Dicha Convención creó la Conferencia de las Partes para lograr la cooperación de los países para disminuir las emisiones de CO₂.

La Conferencia instituyó la necesidad de contar con informes periódicos sobre la situación del clima global a fin de orientar las medidas a tomar. Pero los esfuer-

zos de la COP y del IPCC han sido del todo insuficientes. Informes, acuerdos y tratados internacionales como los de Kioto, Copenhague y París van y vienen; sin embargo, muchos gobiernos e incluso científicos como el danés Bjørn Lomborg (2003) han propagado el negacionismo en la población y han generado una resistencia a admitir la realidad de la crisis climática. El hecho es que la huella ecológica sigue aumentando en exceso y hoy en día estamos superando las 415 ppm de gases de efecto invernadero y, por ende, nos acercamos al 1.5 °C de aumento de la temperatura mundial, que es el límite propuesto por los expertos para 2030 a fin de evitar la catástrofe. En 2019 teníamos 1.11 ° de aumento de la temperatura previa a la era industrial; en julio del 2020 ya alcanzamos el 1.23 °C. La velocidad de aumento es impresionante. Es dudoso que alcancemos la meta propuesta para el 2030. No obstante, tenemos muy poca consciencia de lo grave de la situación. Por el momento, el confinamiento ha detenido un poco el aumento de los grados de calor, pero esto será efímero, mientras no haya una verdadera consciencia de la hondura de la crisis. La OMS, la COP y el IPCC debieran alertar a los gobiernos e insistir, mediante un programa pedagógico y de difusión, en la correlación entre el aumento de la inestabilidad del clima que estamos viviendo y las condiciones de una extinción masiva, a saber: la caída de un asteroide (que esperamos no suceda), el cambio del nivel del mar y anoxia en el mar. Si a esto sumamos la pandemia que está mermando la población mundial, no podemos sino preguntarnos: ¿qué esperan las organizaciones mundiales, los gobiernos y los ciudadanos para reaccionar de manera más firme e insistente? ¿De qué sirve que el reciente confinamiento haya detenido por unos meses la contaminación y la elevación de la temperatura si estamos en la antesala de nuestra anexión a la Sexta Extinción de especies? El IPCC ha realizado múltiples análisis e informes, pero falta contundencia en ellos. La situación cada vez está peor. ¿Acaso es del todo cierta la terrible afirmación de Lovelock sobre la pérdida de intuición e instinto ante el peligro en que está Gaia?

El calentamiento global de nuestra época es el resultado de la economía capitalista y el consumismo, unidos a la ideología del progreso material y al despliegue impresionante de una tecnología tanto benéfica como tóxica para el medio ambiente natural. Antes de la Revolución Industrial, la concentración de CO₂ en la atmósfera era de 280 ppm; hoy en día es de 417.4 ppm (León, 2020), según el observatorio de Mauna Loa. Por fuerza, este brutal aumento ha provocado un desgaste extremo del planeta: incremento de la contaminación del aire (potencialmente mortal para humanos y seres vivos en general); acidificación de los océanos que mata a especies marinas, deshielo de todo tipo de glaciares, en particular en el Ártico y la Antártida, que está cambiando la temperatura de las corrientes marinas

y aumentando el nivel del mar con la amenaza de que desaparezcan ciudades costeras en todo el mundo e islas como Tuvalu; tormentas de lluvia y granizo repentinas; ciclones como el Katrina; gran cantidad de inundaciones en Bangladesh, Alemania, Holanda, Inglaterra, el sur de Francia; sequías extremas que han erosionado el suelo, como en África y España; grandes incendios en Rusia, Australia, la India, Brasil, y la gran cantidad de migraciones (20 millones de migrantes sólo en este año). La situación presente del clima se ha tornado grave, pues tiene características similares al calentamiento global que provocó la Quinta Extinción de especies, anterior a la Sexta que estamos provocando.

La última vez que la Tierra alcanzó más de 415 ppm fue al final del periodo llamado Pérmico.² El aumento de emisiones de CO₂ fue provocado por la subida de una corriente de magma anormalmente caliente cerca de la superficie, que quemó inmensos depósitos de carbón y de esquistos bituminosos llenos de petróleo en lo que hoy es Siberia. La concentración de CO₂ en la atmósfera superó las 415 y hasta 500 ppm. La actual elevación de la huella de carbono es consecuencia del uso excesivo que hacemos de los combustibles fósiles y del excesivo consumo de productos capitalistas y el consumo de bienes de la Tierra, por ello se dice que los humanos hemos inaugurado una nueva era geológica que recibe el nombre de “Antropoceno” para indicar la gran afectación que los humanos hemos provocado en la atmósfera. Sin embargo, que seamos los responsables no implica que podamos controlar el incremento de la temperatura, pues fenómenos terrestres imprevistos como erupciones volcánicas y la fuerza con que resurja el Niño pueden impulsar también una subida súbita de la temperatura.

Posibilidad del colapso y su causa ética

Durante mucho tiempo los Informes del IPCC y los Acuerdos Internacionales han hablado de adaptación al cambio climático sugiriendo medidas de mitigación, por ejemplo, implementando en algunos países el uso de energías renovables y tratando de implantar en algunas comunidades indígenas el modelo de “desarrollo sustentable”. No obstante, en los últimos años, el deshielo del Ártico se ha acelerado de modo tal que parece conducirnos a un punto de no retorno en el que, aunque redobláramos los esfuerzos de corrección, no podríamos detener la catástrofe. Y es que el clima es un sistema complejo, no regido por una lógica lineal, y desconocemos su origen organizativo, de modo que no sabemos qué elementos

² Esto fue hace 300 millones de años, cuando el humano aún no habitaba la Tierra (Castro, 2018).

iniciales pueden resurgir en los cambios drásticos que estamos provocando. No se pueden prever las condiciones en que se dará el aumento súbito de la temperatura global, pero sí sabemos que se elevará a gran escala. Ya en el 2016 tuvimos el año más cálido de la era postindustrial (Press Office, 2020), y el mes de enero 2020 fue el segundo mes más cálido desde 1948, de suerte que se prevé que del 2020 al 2024 habrá un récord en el que llegaremos a un aumento de 1.3 °C, acercándonos cada vez más al límite del 1.5 °C (López Rodas y Costas, 2019). Esto nos obliga a hablar desde ahora colapso y de emergencia climática y ya no de un mero cambio. Lo más alarmante es la velocidad del deshielo del Ártico, cuyo punto máximo se había previsto para el 2050 y ahora los científicos temen que ocurra en los próximos años. Mientras tanto, el IPCC ha seguido hablando de adaptación, sin alertar lo suficientemente de un colapso al que no podremos adaptarnos. Como bien dice Gutiérrez en el Informe especial del IPCC de septiembre del 2019, “el cambio climático va más rápido que nosotros” (IPCC, 2019). No podemos seguir con las mismas categorías de antes. No obstante, todavía en ese Informe, el IPCC sigue usando categorías obsoletas, así como las usa el texto de los Acuerdos de París del 2015.

El deshielo total del Ártico no sólo traería grandes inundaciones, sino que también liberaría los gases de efecto invernadero atrapados en el permafrost, en especial el metano, el cual, al salir, elevaría de súbito la temperatura del planeta a un grado tan extremo que haría imposible la vida en la Tierra. Estamos, entonces, ante un peligro incierto: nadie puede asegurar que pasará, aunque tampoco nadie puede negarlo y hay múltiples signos de que vamos hacia allá. Vivimos por tanto un momento decisivo para la humanidad y la biósfera. Si no tomamos cartas en el asunto, la amenaza no será la enfermedad y muerte de millones de personas, sino la extinción de la humanidad como especie y la muerte de la vida por grandes periodos de tiempo (de 4 a 8 millones de años); y después, en alguna ocasión, ella resurgirá triunfante, pero nosotros no. En la crisis sanitaria de la COVID-19, el capitalismo ha tenido múltiples pérdidas, pero ni la producción ni el comercio nacional e internacional se han parado por completo; en el punto máximo del colapso climático, el capitalismo enfrentará el autosabotaje del consumo extremo: la falta de materias primas para producir, la falta de liquidez económica, la falta de movilidad y, por ende, de ganancias, y todos los seres vivos experimentaremos inanición. Ya no habrá nueva normalidad, ni tampoco antigua. Como decía visionariamente Nietzsche, “El hielo que pisamos es cada vez más delgado” (1972).

La radicalidad del presente

Vista desde un ángulo teórico-filosófico, la radicalidad del momento presente consiste en que contiene una llamada a despertar al carácter unitario de la salud, porque la Tierra es una, y no podemos desgastarla, enfermarla, y al mismo tiempo pensar que la salud humana está a salvo, estamos en íntima relación con la Tierra, dependemos de ella, somos seres terrenales además de “rationales”. Nuestra extinción puede estar ya anunciada en la Sexta Extinción y la actual pandemia. O ponemos todo nuestro empeño en salir de la inconsciencia, limitando las emisiones de CO₂ y deteniendo la extinción de especies, o nos extinguiremos, pues la biodiversidad es el seguro de vida de todo lo que vive y al ir contra ella nos estamos destruyendo. “Cuanta mayor es la destrucción de biodiversidad más riesgo de epidemias [habrá] porque se alteran las cadenas ecológicas y tróficas y se reduce el control natural establecido por la propia naturaleza” (Palou, 2020). Las organizaciones internacionales y los gobiernos deben empezar a sacar lecciones de la Covid para mostrar a los ciudadanos el peligro en el que estamos: debemos ser resilientes y no sólo vivir temiendo y defendiéndonos.

Hacia la eco-ética

Como lo han dicho por múltiples medios diversas personalidades destacadas, estamos ante el desafío más importante que ha tenido la humanidad en la historia. No sólo hay que advertir el problema, sino también tomar una postura activa y tener voluntad de cambio frente a él. Necesitamos poner toda nuestra inteligencia, razonamiento e íntegra disposición al servicio de la posible atenuación de la crisis climática. Igualmente, necesitamos convencer a los líderes políticos de enfrentar este gran reto y, por ende, hemos de contar con políticas públicas *ad hoc* (nacionales y supranacionales) y trabajar para hacerlas cumplir. Sobre todo, necesitamos, dice con acierto Gabriel Bello Reguera (1977), “competencia ética” (184-185). Desde mi punto de vista, ésta reside más que nunca en un compromiso ético inquebrantable y en el fomento de un tipo particular de esperanza, sin falsas ilusiones, que haga frente a la incertidumbre: no sabemos si todo está perdido o si sea posible recuperar una mediana estabilidad. Más que nunca tenemos que aprender a vivir en el riesgo e incertidumbre y actuar de manera incondicional, sin lo cual la ética se convierte en mero formulario de una guía de acción para cuando se requiera, dejando así de ser un impulso constructor de conciencia y comunidad.

¿Qué nos hace ciegos e indolentes ante la posibilidad del colapso climático? Quizá como afirma Naomi Klein (2015) desde su crítica al capitalismo, “El calentamiento global es así: es difícil pensar en él durante mucho tiempo [...] Lo negamos porque tememos que, si dejamos que nos invada la plena y cruda realidad de esta crisis, todo cambiará (15-16). No obstante, la cuestión es que no sólo cambiará el modo de producción, la cantidad de ventas, la importancia de las marcas y la publicidad, los hábitos de consumo y el concepto de bienestar; también cambiará el eje de nuestra ubicación en el planeta y el horizonte humano de valor y antivalor. Con ello, cambiará lo que Edmund Husserl, al reflexionar sobre la crisis occidental de la ciencia y la filosofía europea en la primera posguerra, llamó “mundo de la vida”. Es decir, los supuestos axiológicos bajo los que construimos la vida, el reino del sentido que opera tanto en el hombre común “de la calle” como en los expertos; en suma, la herencia histórico-cultural, los significados comunitarios e individuales, así como nuestra experiencia del cuerpo y las relaciones, del tiempo y el espacio. No es sólo la economía, la producción y la supervivencia lo que está en juego, sino también nuestra auto-concepción, la idea de comunidad local y global, la idea del planeta como gran ecosistema y de aquello por lo que vale la pena vivir.

La sola sospecha de tal quiebre del sentido nos hace desviar la atención, porque en el fondo, no queremos dejar atrás la concepción antopocéntrico-endogámica del ser humano y de la ética. Éste ha sido nuestro eje desde la modernidad. Lo que nos enceguece es la importancia suprema que nos hemos concedido y que nos ha dotado de un gran poder. En realidad, tal antropocentrismo endogámico se gestó desde épocas precristianas;³ sin embargo, ha mostrado su capacidad de destrucción de la naturaleza a nivel global a partir de la modernidad. Como bien lo señalan otros pensadores de la posguerra, como Hans Jonas, E. Nicol, la Escuela de Frankfurt, Van Rensselaer Potter, F. Capra, G. Bateson, desde que Descartes instituyó el dualismo entre sustancia pensante (subjetiva, cualitativa) y sustancia extensa (mecanicista, objetiva, medible matemáticamente), y desde que F. Bacon puso como objetivo del conocimiento el poder o dominio de la naturaleza, hemos

³ Comparto la idea del historiador Lynn White de que tal antropocentrismo viene de antes del triunfo del cristianismo pero fue claramente establecido en el *Genesis* 26-28 que afirma “hombres y mujeres han sido creados a imagen y semejanza de Dios” y en el que Dios dice “dominad, creced y multiplicaos” y concuerdo también con la hipótesis de la crítica al patriarcado y de las eco-feministas de que ello proviene de la cultura patriarcal que se impuso desde el milenio IV AC... y que por tanto se trata, en rigor, de un antroppo-androcentrismo (Sagols, 2014). No obstante, en relación con la crisis climática la referencia es el gran despliegue tecnológico inaugurado en la modernidad, sin que ella se contraponga a los antecedentes históricos.

vivido a esta última como algo ajeno, transformable y subordinado a los intereses humanos hasta que establecimos la sociedad industrial y la ideología del progreso y desarrollo material aunada al despliegue del capitalismo y a un mundo acelerado y en incremento constante: sobrepoblado, con sobreproducción de mercancías, de tránsito humano y mercantil, a la vez que hay incremento del hambre, la pobreza y nuevas enfermedades.

La objetivación mecanicista y matemática de la naturaleza nos ha permitido penetrar en las distintas partes de ella, manipularla y crear nuevos objetos tecnológicos que solucionan con éxito muchas de nuestras carencias y necesidades. Pero estamos ante un fenómeno peligrosamente ambiguo. Por un lado, es innegable que la tecnología nos ha traído beneficios médicos, industriales, incluso alimenticios y de bienestar en general; por el otro, ha traído múltiples inconvenientes en estos ámbitos y, además, su avance está unido a la tecnología militar y de guerra nuclear! Sobre todo, el gran inconveniente ha sido que hemos visto la naturaleza como un otro ajeno, puesto a nuestro servicio, al que podemos dominar, lo cual ha traído consigo la idea de un sujeto poderoso, complacido con su propio poder “sin límites”: un sujeto “autosuficiente”, prepotente y ensoberbecido frente a la naturaleza, invasor de los ecosistemas que ha tomado todo de ellos para satisfacer sus propias necesidades, olvidando las necesidades de las otras especies, como si la vida de éstas y la estabilidad de todo lo que contribuye a la vida, incluyendo la tierra, los minerales, el viento, el agua del mar, los hielos, y el clima, carecieran de importancia.

El sujeto, entonces, está encerrado dentro del ámbito humano, sus valores sólo pueden venir de éste, de otros seres racionales, parlantes, merecedores y defensores de derechos ciudadanos. Los seres sin estas características no han sido dignos de consideración moral. “Siempre era el humano el que se había de promover, los intereses y derechos de los congéneres los que había que respetar, la injusticia hecha a ellos la que había que reparar”, afirma Jonas (1997: 35). Pero la gravedad de la crisis, que pone en riesgo la vida en el planeta, nos hace ver la necesidad de crear otro sentido, otro “mundo de la vida” en donde haya unidad entre la naturaleza, la Tierra y el ser humano; entre ciencias objetivas y ciencias humanas; entre expertos y hombre común, nos obliga a crear un sentido no desde el poder sino desde el respeto e incluso veneración de la naturaleza. Todos los pensadores que hemos citado encuentran una paradoja en la fascinación por el poder tecnológico que explota la naturaleza: el “éxito de su éxito”, dice Jonas, nos ha obnubilado frente a las consecuencias de un sistema explotador de la Tierra, acostumbrado a la abundancia, al progreso, a la velocidad y a ver la vida

desde un sujeto autosuficiente, no desde la relación y dependencia con los otros seres vivos.⁴

Necesitamos un nuevo sentido ético basado en la íntima relación con la Tierra y los ecosistemas, con el conjunto de los seres vivos y que inspire y fomente el respeto a todas las formas de vida, no sólo a la humana; necesitamos una eco-ética que nos haga conscientes de nuestro poder de actuar ante una situación tan riesgosa que nos pueda conducir al colapso.

El surgimiento de la eco-ética como biofilia

La primera reflexión sistemática que aporta más que la experiencia sensible de admiración a la naturaleza (romanticismo) y agradecimiento por su refugio y compañía frente a los sinsabores del intercambio entre ciudadanos y autoridades (Rousseau y Thoreau), la hace el silvicultor Aldo Leopold en el apartado final de su libro *Un almanaque de un condado arenoso*, titulado “Ética de la Tierra”. Leopold parte de la conciencia de la crisis ecológica; para él, el planeta está enfermo, tiene agotados sus recursos básicos y ya no puede autorrenovarse, su circuito de energía o biocenosis está perturbado. Él no habla aún de elevación dañina de la temperatura, pero reconoce la importancia del clima para la formación de la civilización; las ciudades y culturas construidas toman las características de éste (Leopold, 2000: 136). Además, nos alerta contra todos los factores de violencia que acompañan la crisis climática: la actitud soberbia y de conquista del humano instalado en el progreso, en la sobreproducción, en la mecanización de su propia vida, en el tráfico y explotación de especies de flora y fauna, en la transportación excesiva de mercancías que contamina los caminos, en la inversión de la pirámide biótica según la cual ha de mantenerse cierta cantidad de los ejemplares de las distintas especies para que ninguna se convierta en plaga amenazante para las otras, la creciente sobrepoblación humana que aumenta la carga que puede soportar la Tierra. De modo que lo que Leopold concibe como eco-ética contiene las bases de lo que ha venido después.

La importancia ética de su planteamiento reside en dos hechos capitales. En primer lugar, Leopold excluye la concepción antropocéntrica endogámica del ser humano. Para él, el humano es producto, como dijo Darwin, de la evolución de las especies y éstas son sus “compañeros miembros” y parientes. Todos los vivientes

⁴ Por ejemplo, Eduardo Nicol (1988) concibe la crisis actual como un efecto de la *hybris* o prepotencia humana, la pérdida de la medida del poder humano que, por definición, habría de ser moderado.

e incluso los elementos de los ecosistemas que nos permiten vivir (aire, agua, minerales, luz, temperatura, gases), formamos una gran comunidad ecológica y tenemos igual valor y derecho de sobrevivencia. No hay superioridad ni exclusividad humana. Por tanto, no tenemos derecho a conquistar, dominar o sentirnos dueños de la Tierra, ni mucho menos a ejercer violencia contra ella. Somos seres ecológicos, dependientes de los otros vivientes; formamos parte de una compleja red holista en la que no somos autosuficientes, sino relativos, somos seres insuficientes y afectables por lo que les ocurre a los otros vivientes; en consecuencia, hemos de atender sus necesidades, no sólo las nuestras. Los individuos particulares no se explican sin el conjunto al que pertenecen. A la vez, tienen una importancia singular, pues no quedan diluidos en el conjunto; por el contrario, aportan novedades en momentos claves. De lo contrario, estaríamos siguiendo sólo el impulso de fuerzas biológicas comunes y negaríamos la responsabilidad y el poder de autoconstrucción personal. No somos simplemente un nudo de relaciones tejidas a través de nosotros, según diría Arne Naess (2005) (el otro gran holista ecológico), sino que tenemos la característica incomparable de “estar curtidos por el tiempo”, o sea, de ser conscientes de la finitud y el devenir temporal, y que, por ende, creamos el futuro con las acciones presentes y podemos dejar huella, no simplemente ser un hilo más en la red. Somos tejedores y no sólo tejidos, lo cual nos hace responsables ante lo que está por venir.

En segundo lugar, Leopold vio con claridad que la ética ha constituido un proceso evolutivo y confió en el cambio que conlleva tal proceso con la misma fuerza que afirmó nuestra liga evolutivo-biológica. Se trata de un proceso de ampliación del círculo incluyente de la igualdad, formado en un principio sólo por ciudadanos hombres, después (según él) se incluyó a las esposas y más tarde a las esclavas —a la mujer— para luego llegar a los trabajadores y a la sociedad en general. Tal impulso hacia la ampliación ahora pugna por reconocer la igualdad de todos los seres vivos en el derecho a la sobrevivencia. Es preciso dar el paso a una “ética de la Tierra” que tenga como base la liga interespecífica, la “hermandad” e igualdad de valor de todo lo vivo y la admiración y amor hacia ello, o sea, que se asiente en lo que después Erick Fromm (1954) (desde una visión psicológico-cultural) y E. O. Wilson (1984) (desde la biología) llamaron biofilia. Y Leopold parece unir ambas dimensiones, la cultural y la biológica, pues afirma que la ética que parte de la evolución no consiste en un mero instinto, sino más precisamente, dice él, de una “especie de instinto”,⁵ algo que nos dirige, nos impulsa, pero no nos

⁵ La diferencia entre Wilson y Leopold es que en el primero la biofilia es primordialmente un instinto, que se tiene que desarrollar en la cultura, pero dirige de entrada nuestra relación con los otros

determina; es preciso siempre realizar una elección entre ser conquistador de la Tierra concentrado en la ganancia económica o ser “ciudadano biótico”. Ahí está nuestra mayor e ineludible responsabilidad. La naturaleza nos sugiere en la circunstancia actual la segunda opción, porque la primera va contra la sobrevivencia, pero no nos evita el trabajo de la decisión. Lo central en la ética de este pensador es la autoconstrucción del sujeto, no su simple inmersión en el ámbito natural ni mucho menos el simple acatamiento de normas ecológicas sin una apropiación de la liga real que nos una al resto de los seres vivos. La cuestión principal para Leopold es ver por qué el humano ha de ocuparse de los seres no humanos y su respuesta está en la condición insuficiente y relativa o relacional del sujeto que lo induce a asumir la liga íntima con la naturaleza.

Se trata, en consecuencia, de un sujeto integral, corporal, sensible, con necesidades vitales y a la vez racional, capaz de formular un deber ético, una norma general de respeto a la naturaleza que dice “algo es correcto cuando tiende a preservar la integridad, estabilidad y belleza de la comunidad biótica. Es incorrecto cuando tiende a otra cosa” (Leopold, 2000: 155). El sujeto eco-ético busca no dañar al planeta. Lo importante es que esta máxima de acción racional, no procede de la mera razón, sino, como advierte Karen Warren, proviene de cualquier sujeto posible con capacidad de admirar la naturaleza, de amarla y tener fe en ella, pues éstas son las exigencias que señala Leopold para adoptarla. La norma por sí misma es insuficiente si el sujeto no participa con todos estos aspectos: “La evolución de una ética de la Tierra es tanto un proceso racional como emocional” (Leopold, 2000: 156), e involucra un “cambio interno en nuestros intereses intelectuales, lealtades, afectos y convicciones [tiene que tocar estas bases de la conducta]” (Leopold, 2000: 141). Finalmente, cabe destacar que para Leopold, el amor es igual a conocimiento, de suerte que la *filia* de la biofilia evolutiva requiere ser nutrida de forma constante por el conocer activo de nuestro ecosistema y de la Tierra misma; no se trata de un mero sentimiento de integración universal, sino que requiere el ver cognitivo.

A final de cuentas, lo que hace relevante a Leopold para la crisis ecológica contemporánea es, a mi juicio, que al centrarse en un sujeto integral nos indica la identificación de nuestra responsabilidad con una “especie de instinto”, como el

vivientes, mientras que para el segundo, la liga de *filia* o amor con las otras especies es una opción que se enfrenta siempre a su contraria. Es sólo la conciencia y decisión del individuo la que hace real al “ciudadano biótico” y el auténtico compañerismo con los otros miembros del gran ecosistema. El proceso evolutivo sólo nos impulsa a ello, no nos dirige del todo. Dicho de otro modo, mientras Wilson quiere reducir la ética a biología, Leopold mantiene la autonomía de la ética.

nivel básico de la ética, pues sólo desde ahí podemos encarar la “terrible” afirmación de Lovelock. Si no bajamos a nuestras orientaciones básicas, el instinto de acción ante el peligro puede perderse, en efecto. ¿Seguiremos permitiendo que esto suceda?

Desarrollo de la eco-ética ante el calentamiento global

Toda eco-ética ha de partir de las bases leopoldianas. Aunque algunas posturas difieren de Leopold pues conciben al sujeto como racional y no emotivo (por ejemplo el pragmatismo ambiental),⁶ y otras le dan más importancia a los vivientes no humanos (por ejemplo las eco-éticas radicales como la de Naess y la de Rolston), sin embargo, todas coinciden en la importancia de los ecosistemas y en el igual derecho de todos los seres vivos a sobrevivir, es decir, el respeto a todos los vivientes.⁷

No obstante, ante el calentamiento global surgen nuevos temas, que parecen rebasar a Leopold, pero que, en el fondo sólo se articulan a partir de su perspectiva basada en el sujeto. La grave alteración del clima está produciendo fenómenos violentos que nos revelan el daño que hemos hecho a otras especies y cómo estamos envueltos nosotros mismos en ese daño, sobre todo, si pensamos en las generaciones futuras. Hemos intervenido en un sistema complejo que no podemos controlar y que conlleva múltiples riesgos e incertidumbres, pues crea fenómenos explosivos, que se difuminan igual que las bombas atómicas y la energía nuclear fuera de contención. La falta de control humano ante lo complejo nos está poniendo delante fenómenos peligrosos y difusos ante los que nuestra responsabilidad parece también difusa, pero a la vez ineludible. ¿Hasta dónde contribuyó cada uno de los ciudadanos del mundo a los incendios desmesurados que ha habido en Rusia, Estados Unidos, Australia y el Amazonas? Es imposible de precisar, pero también es imperdonable no sentirse cada uno convocado a hacer algo porque al

⁶ El pragmatismo ambiental de Bryan Norton (2012) se aboca sobre todo a pensar en las aportaciones de la tecnología a la crisis contemporánea, y más que pensar en el peligro en que se encuentran los ecosistemas le interesa convocar a la comunidad para que tome decisiones racionales y democráticas ante el uso de los recursos que le pertenecen. Otras teorías pragmáticas como la de Teresa Kwiatkowska (2008) ponen el énfasis en el conocimiento de los sistemas complejos y la gran dificultad que implica buscar soluciones a la crisis actual dada la incertidumbre y el riesgo.

⁷ Las eco-éticas radicales como la de Albert Schweitzer, piden respeto a cada uno de los individuos y quieren disminuir al mínimo el consumo humano, las no radicales buscan el respeto a los conjuntos, y no condenan el consumo de plantas y animales individuales, siempre y cuando devolvamos siempre a los conjuntos los nutrientes necesarios para su renovación. Leopold (2000) pertenece a este último grupo y concibe al humano como un “gestor” y “administrador” de la naturaleza (136).

intervenir en fenómenos complejos hemos dañado a seres lejanos en el tiempo y el espacio, seres más vulnerables que los presentes e iguales a nosotros.

La preocupación teórica principal de la eco-ética ante el cambio climático es repensar sus categorías y problemas tradicionales y, por ejemplo ¿la responsabilidad es individual o colectiva? ¿Cómo hablar de la justicia interespecífica y la transgeneracional que parecen indispensables ahora? ¿Cómo pensar la justicia distributiva entre países en desarrollo que no han emitido gases de efecto invernadero en exceso y los países desarrollados que han hecho grandes emisiones? ¿Cómo lograr aquí la equidad? ¿Son todas estas cuestiones públicas o privadas? ¿Estamos hablando de ética colectiva o individual? ¿Es responsable el individuo o los Estados? ¿Puede el individuo conformarse sólo con reducir sus emisiones y disminuir su consumo general o puede, como toda ética lo exige, alcanzar verdaderas virtudes eco-éticas? Igualmente, es indispensable para la ética enfrentar la justicia de género: ¿qué desventajas lleva el cambio climático para la vulnerabilidad de las mujeres? Rebase los objetivos de este artículo resolver todas estas preguntas. Para un primer acercamiento a ellas, remito a los documentos de organismos internacionales como los producidos por la Convención Marco sobre Cambio Climático y la posterior elaboración de la “Declaración Internacional sobre las dimensiones éticas del cambio climático”, del 2004 (Buenos Aires), así como al *Libro Blanco sobre adaptación al cambio climático de la Comisión de la Unión Europea*, 2009 (Bruselas).⁸

La reflexión ecoética que más aporta, según mi perspectiva, proviene de quienes enfrentan el problema con toda su novedad y urgencia y colocan el eje de la eco-ética en la solidez de un sujeto ético incluyente de círculos expansivos, como antes lo hizo Leopold. Tal es el caso del geógrafo Jared Diamond y el filósofo utilitarista liberal Dale Jamieson. De todas las preguntas anteriores, quizá la más importante sea si vencer el antropocentrismo endogámico y cambiar nuestra relación con la Tierra y el clima es un reto individual o comunitario. La respuesta es doble: el individuo no puede solo, pero la comunidad y los Estados por sí mismos, sin la crítica, novedad e independencia que puede tener el individuo tampoco pueden lograr nada. Comunidades enteras han tomado decisiones equivocadas como bien nos muestra Diamond con los ejemplos de la Isla de Pascua y de la civilización maya o la de la Groenlandia noruega que fracasaron por el mal manejo ecológico a partir de decisiones colectivas que encerraban conflictos de intereses de distintos grupos (Diamond, 2005: 545). No basta con que el Estado tome las directrices; es precisa la participación activa del individuo que juzgue por sí mismo y pueda ser crítico frente a lo establecido. No se trata de parar por completo las emisiones, lo cual

⁸ También remito a Velayos (2009).

sería poco realista, sino de saber cómo, cuándo y en qué proporción ha de hacerlo cada país.

Por su parte, Jamieson (2005), desde su postura utilitarista, concede importancia a los individuos porque son éstos quienes pueden advertir los factores que añaden felicidad a un mayor número de seres sin sacrificar su placer. Sin embargo, se trata de un individuo inserto en la vida pública que busca ser mejor en su comunidad, por lo cual ha de contar con virtudes públicas que sólo cobran realidad por su acción pero que son en beneficio propio y de aquellos con quienes convive; son virtudes que buscan evitar daños a seres vulnerables, como la humildad (el no poder), el coraje, la moderación, la simplicidad, la conservación de lo vivo y de la dignidad de los seres vulnerables incluyendo, por supuesto, la dignidad de la mujer. Estas virtudes no pueden detenerse en caso de que los otros no las asuman y no obtengamos el resultado deseado. Para que haya virtud, nos recuerda Jamieson, es preciso que se dé también la incondicionalidad en el actuar, ésta es la verdadera motivación ética: emprender la acción por convencimiento propio, porque sí, porque el sujeto lo ha decidido desde su fuero interno. Ello supone, desde luego, un sujeto integral, como el que propone Leopold, que no le baste la mera razón, sino que haga intervenir sus emociones, la satisfacción de la congruencia y el esfuerzo íntimo. Con lo cual se cumple la literal autonomía del sujeto ético, ser él mismo el origen de la ley y poder así aceptar de una manera viva y no formal las leyes vinculantes y universales de la comunidad global.

Y cabe advertir, más allá del utilitarismo y del propio Jamieson, que la acción individual, por mínima que sea, siempre deja algo en los demás. Queramos o no las acciones propias siempre dejan algo en los otros. Es difícil tener esperanza ante la crisis climática que vivimos, inserta en la incertidumbre que trae consigo la alteración de los sistemas complejos que no controlamos. No sabemos lo que pueda pasar y hemos de aprender a vivir en el no saber. La esperanza nos remite, en primera instancia, a algo esperado según un diseño y proyecto de acción. Pero ahora, la posibilidad del colapso climático nos coloca en una situación especial que nos hace aspirar a lo inesperado. Cualquiera que haya vivido una catástrofe climática sabe que en verdad estamos a la deriva, sólo nos queda participar en buenas políticas públicas y cultivar una individualidad ética que contribuya con su comunidad desde la biofilia, desde la reivindicación de la igualdad de género y la incondicionalidad de sus “virtudes”. De esta forma, aunque la Sexta Extinción nos devore algún día, daremos testimonio, mientras tanto, de que, a pesar de su ciega destrucción, el humano es capaz de creatividad, afán de salud y agradecimiento con la Tierra.

Referencias bibliográficas

- BELLO REGUERA, Gabriel. (1977). *El retorno de Ulises (sobre competencia ética y supervivencia)*. España: Ediciones de Universidad de la Laguna.
- CASTRO, Marcelo Ferrando. (2018, 9 de agosto). “Historia geológica de la Tierra: el periodo Pérmico” (en línea). *Red Historia; Geología*. Recuperado el 1 de julio de 2020 de <https://redhistoria.com/historia-geologica-de-la-tierra-el-periodo-permico/>.
- DIAMOD, Jared. (2005). *Colapso. ¿Por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen?* Barcelona: Debate.
- FROMM, Erick. (1954). *El corazón del hombre*. México: FCE.
- GOZLAN, Rodolphe; JAGADESH, Soushieta. (2020, 16 de febrero). “Así influyen los cambios medioambientales en la aparición de nuevas enfermedades” (en línea). *The Conversation*. Recuperado el 1 de julio de 2020 de <https://theconversation.com/asi-influyen-los-cambios-medioambientales-en-la-aparicion-de-nuevas-enfermedades-131778>.
- HARVEY, Fiona. (2020, 3 de junio). “Jane Goodall: humanity is finished if it fails to adapt after Covid-19” (en línea). *The Guardian; Environment*. Recuperado el 1 de julio de 2020 de <https://www.theguardian.com/science/2020/jun/03/jane-goodall-humanity-is-finished-if-it-fails-to-adapt-after-covid-19>.
- (IPCC) GRUPO INTERGUBERNAMENTAL DE EXPERTOS SOBRE EL CAMBIO CLIMÁTICO. (2019). *Calentamiento global de 1,5 °C*. OMM; PNUMA. Recuperado el 1 de julio de 2020 de https://www.ipcc.ch/site/assets/uploads/sites/2/2019/09/SR15_Summary_Volume_spanish.pdf.
- JAMIESON, Dale. (2005). “Cuando deberían los utilitaristas ser teóricos de la virtud”. *Isegoría*, (32), 9-34. <https://doi.org/10.3989/isegoria.2005.i32.435>.
- JONAS, Hans. (1997). *El principio de responsabilidad*. Barcelona: Herder.
- KLEIN, Naomi. (2015). *Esto lo cambia todo: el capitalismo contra el clima*. Barcelona: Paidós.
- KWIATKOWSKA, Teresa. (2008). *Controversias de la ética ambiental*. México: Plaza y Valdés.
- LEÓN, Francisco Martín. (2020, 28 de enero). “Las concentraciones de CO2 podrían llegar a 417.4 ppm en mayo 2020” (en línea). *El tiempo*. Recuperado el 1 de julio de 2020 de <https://www.tiempo.com/ram/las-concentraciones-de-co2-podrian-llegar-a-417-4-ppm-en-mayo-2020.html>.
- LEOPOLD, Aldo. (2000). *Una ética de la Tierra: Almanaque de un condado arenoso* (Jorge Riechmann, ed.). Madrid: Catarata.

- LOMBORG, Bjørn. (2003). *El ecologista escéptico*. Madrid: Espasa Calpe.
- LÓPEZ RODAS, Victoria; COSTAS, Eduardo. (2019, 4 de diciembre). “Hemos caído en el vértigo del CO2” (en línea). *Tendencias; Ciencia*. Recuperado el 3 de julio de 2020 de https://tendencias21.levante-emv.com/hemos-caido-en-el-vertigo-del-co2_a45588.html.
- LOVELOCK, James. (2007). *La venganza de la Tierra*. Barcelona: Planeta.
- NAESS, Arne. (2005). “La crisis del medio ambiente y el movimiento ecológico profundo”. En Margarita Valdés (coord.), *Naturaleza y valor*. México: UNAM; FCE.
- NICOL, Eduardo. (1988). *La agonía de Proteo*. México: UNAM.
- NIETZSCHE, Friedrich. (1972). *Frases y sentencias diversas*. México: Edaf.
- NORTON, Bryan. (2012). “Democracy and sense of place values in environmental policy”. En Andrew Light y Holms Rolston, III (coords.), *Environmental Ethics*. Oxford: Wiley-Blackwell.
- PALOU, Neus. (2020, 8 de abril). “La pérdida de naturaleza provoca un aumento del riesgo de pandemias” (en línea). *La Vanguardia*. Recuperado el 1 de julio de 2020 de <https://www.lavanguardia.com/natural/20200408/48388757096/informe-wwf-pandemias-perdida-habitats-naturaleza-trafico-especies-efectos-soluciones.html>.
- PRESS OFFICE. (2020, 15 de enero). “Confirmation that 2019 concludes warmest decade” (en línea). *Met Office; News*. Recuperado de <https://www.metoffice.gov.uk/about-us/press-office/news/weather-and-climate/2020/confirmation-that-2019-concludes-warmest-decade-on-record>.
- RIPA, Isabel. (2011). *El cambio climático*. Barcelona: Viceversa.
- SAGOLS, Lizbeth. (2014). *La ética ante la crisis ecológica*. México: Fontamara.
- VALLADARES, Fernando. (2020, 2 de abril). “Si no sanamos el clima, volveremos a enfermar” (en línea). *The Conversation*. Recuperado el 1 de julio de 2020 de <https://theconversation.com/si-no-sanamos-el-clima-volveremos-a-enfermar-135091>.
- VELAYOS, Carmen. (2009). *Ética y cambio climático*. Barcelona: Desclée.
- WILSON, E. O. (1984). *Biophilia*. Estados Unidos: Harvard University Press.